Benjamín Martín Sánchez
Profesor de Sagrada Escritura

LA CARIDAD CRISTIANA

¡Cuánto se habla de ella, y qué poco se practica!

APOSTOLADO MARIANO
Apartado 1032
SEVILLA

Con licencia eclesiástica
D. L.: M - 23910-1983
I.S.B.N.: 84-7527-076-X
Impreso en España - Printed in Spain
Gráficas Humanes, S. A.
Ctra. de Fuenlabrada, Km. 1,550
Humanes (Madrid)

Por vía de prólogo

Este libro, como puedes ver por su título, trata de la caridad cristiana. Una vez que lo leas comprenderás que esta virtud viene de Dios, que es la reina de las virtudes y que consiste en hacer bien a todos, enseñándonos que el mejor apostolado de los tiempos modernos es una vida de amor.

La caridad se conoce por oposición al egoísmo, y éste se combate con el interés por los demás y con el desprendimiento.

¿Sabes tú cuándo tienes caridad? Cuando sales fuera de ti para amar e interesarte por los demás.

Tú amas cuando haces tuyos los problemas de otros: cuando te interesas por el bien del prójimo, cuando por todos los medios lo apartas del camino del mal, cuando consideras a todos los hombres como hermanos tuyos destinados a la misma bienaventuranza eterna, y en fin cuando los amas por Dios y como Dios quiere, o sea, siguiendo este precepto que nos ha dado: «Amaos unos a otros como yo os he amado» (Jn., 15, 12).

No se puede separar el amor del prójimo del amor de Dios: «Si alguno dice que ama a Dios, pero aborrece a su hermano, éste es mentiroso... Quien ama a Dios debe amar a su hermano». (1 Jn., 4, 20-21).

La caridad nos dice a cada uno de nosotros: «Esfuér-

zate por hacer bien a todos, y si hallas enemigos en el camino de la vida, véngate de ellos a ejemplo de Jesucristo con la oración, el perdón y el amor. Acostúmbrate a devolver bien por mal, que el amor a Dios sea el móvil de todas tus acciones».

Amigo mío: Cuando hayas leído este libro, vuélvelo a leer para ir asimilando cuanto en él te digo, y comprenderás por qué la caridad es la más excelente de todas las virtudes, y si la practicas contribuirás a cambiar este mundo, que es un valle de lágrimas, en un verdadero paraíso.

Benjamín Martín Sánchez

Zamora, 31 marzo. Jueves Santo, de 1983.

LA VIRTUD DE LA CARIDAD

¿Hay caridad en el mundo?

San Pablo nos habla de tres grandes virtudes: la fe, la esperanza y la caridad, y termina diciendo: *«pero la mayor de todas es la caridad»* (1 Cor. 13, 13), y ciertamente así es, y es considerada como la más excelente de las virtudes.

Al ver el ambiente en que nos movemos, cabe preguntar: ¿Existe la caridad en el mundo de hoy? Bien pudiéramos contestar de un modo general que en el mundo no hay más que egoísmo.

Si bien lo observamos tenemos que decir que sí hay algo de cohexión entre los miembros de la sociedad, viene a ser a base de utilidad, de dinero, de simple simpatía natural, de sangre... ¿Quién no conoce familias desunidas solamente por el interés, por el egoísmo o ambición de tener más?...

La virtud de la caridad no es debidamente conocida y es deber del cristiano practicarla.

¿Qué es caridad?

Para entenderlo bien, veamos primero lo que no es.

1. *No es generosidad* simplemente, ni es sentimentalismo o compasión hacia los que sufren o están necesitados. Estos son términos equívocos.

La generosidad puede ser «filantropía», o sea, amor al hombre por el hombre, prescindiendo de Dios, y viene a ser lo que dice San Pablo: «Y si repartiere toda mi hacienda y entregare mi cuerpo al fuego, *no teniendo caridad, nada me aprovecha»* (1 Cor., 13, 3).

Puede darse una limosna para ser considerados y alabados por otros o para salir del paso..., y entonces no es amor desinteresado, conforme al dicho de Jesucristo: «Cuando des una limosna, no la hagas para ser alabado de los hombres; en verdad os digo que ya recibieron su recompensa, y al hacerla que no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha, para que tu limosna no sea oculta, y el Padre, que ve lo oculto, te premiará» (Mt., 6, 2-4).

La caridad no es mera compasión, pues es natural a todos los hombres, como dice Santo Tomás, el amarse mutuamente, como lo demuestra el hecho que un hombre, por cierto instinto natural, socorre a otro, incluso desconocido en caso de necesidad...; mas si este socorro o ayuda, no pasa de ser una compasión o sentimiento natural, entonces no sería caridad cristiana, porque el verdadero amor de caridad que debemos a nuestros hermanos ha de ser sobrenatural, como luego explicaremos.

2. *No es simple justicia.* Un patrono vg. es fiel en pagar el salario a su criado. ¿Es esto caridad? No, esto es justicia.

3. *Uno se porta bien* con el que habla, le saluda con delicadeza, le cede el asiento..., esto, más bien, es cortesía, urbanidad... Pueden ser efectos de la caridad, pero en sí no es caridad, ya que esto lo puede hacer uno que esté en pecado mortal y que lleve veinte años sin confesarse, y la verdadera caridad no es compatible con el pecado.

Una madre tiene una gran amor a su hijo, lo colma de atenciones, y esto puede ser más bien un acto de caridad natural.

¿Dónde está la verdadera caridad?

La verdadera caridad viene de Dios, es un don suyo. Ved un rayo de sol que cae sobre un cristal y reflejándose en él ilumina un objeto. ¿Quién, pues, ilumina el objeto?

Como podemos observar no es iluminado por el cristal, sino que es iluminado por el rayo de sol que pasa por el cristal.

Así entenderemos mejor lo que dice el apóstol San Pablo: *«La caridad de Dios se ha derramado o infundido en nuestros corazones por virtud del Espíritu Santo, que nos ha sido dado»* (Rom. 5, 5).

La caridad de Dios recibida en nuestro corazón, pasa a través de él a otros.

Reinando en nosotros el Espíritu Santo (que nos ha sido dado) es como el sol que difunde más caridad. Cuando estamos llenos de Dios, somos todo caridad, pudiendo decir entonces con San Pablo: *«La caridad de Cristo nos urge o nos apremia...»* (2 Cor. 5, 14).

La verdadera caridad anida en las almas que viven en gracia y amistad con Dios.

Dios es caridad... Dios nos ama

Antes de seguir hablando del verdadero concepto de la caridad, diremos algo del amor esencial de Dios.

«Dios es caridad» (1 Jn. 4, 18). Dios es amor. Esta es la definición que San Juan nos da de Dios, y como *«por su voluntad existen y fueron creadas todas las cosas»* (Apoc. 4, 11), al ser el acto propio de la voluntad el amor, tenemos que en Dios hay un amor infinito y eterno, y este amor es la causa de nuestra existencia, pudiendo decir con San Agustín: «nosotros existimos porque Dios es bueno» y nos ama. Dios nos creó por amor y por amor nos redimió...

Es evidente que Dios por ser eternamente feliz y no necesitar nada de nosotros ni del mundo actual, El nos creó, como dice el Concilio Vaticano I, no para aumentar su felicidad o añadir algo a sus perfecciones, sino para hacernos a nosotros felices...

Dios nos ama con amor eterno. Así nos lo dice por el profeta Jeremías: *«Con amor eterno te amé»* (31, 3), y la caridad de Dios se manifestó en que Dios envió al mundo a su Unigénito Hijo, para que nosotros vivamos y seamos salvos por El» (1 Jn. 4, 9).

Además Dios ama infinitamente todo cuanto existe, y así nos lo dice en el libro de la Sabiduría: *«Pues amas todo cuanto existe y nada aborreces de lo que has hecho, que no por odio hiciste cosa alguna. ¿Y cómo podría sub-*

sistir nada si tú no quisieras, o cómo podría conservarse sin ti? (Sab. 11, 25-26).

Lo que hace brillar más el amor de Dios hacia nosotros, es que siendo pecadores, murió Cristo por nosotros (Rom. 5, 9). El colmo del amor es «dar la vida por el amigo»...

Al hablar del amor de Dios a los pecadores (p. 15), reconoceremos que Dios nos ama, no precisamente porque nos ha creado y nos ofrece el cielo, sino porque nos manifiesta que para que consigamos ese cielo, El no reparó en aceptar por nosotros toda clase de trabajos y sufrimientos...

En consecuencia: Dios es caridad y El nos ama; y si nos ama, nuestro deber está en amarle como El quiere.

¿Cuál es el verdadero concepto de la caridad?

Lo hallaremos en las palabras sencillas y tradicionales de la Biblia, las cuales no nos engañan, por ser palabra de Dios.

San Juan en su primera carta, que no es más que una larga y ferviente meditación sobre la caridad, nos enseña su objeto verdadero: *la voluntad de Dios, el mandamiento de Dios, la Ley de Dios.*

Amar a Dios es estar dispuesto a querer su voluntad, a cumplir gustosamente lo que manda: *«No se haga mi voluntad, sino la tuya».*

Hacer la voluntad de Dios, amarle a El por ser quien es, hacer las cosas por su amor, y amar al prójimo por amor de Dios, en esto está la caridad, o sea, su verdadero concepto.

En la Biblia se nos dice cómo quiere Dios que amemos, pues dice: *«Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente, y al prójimo como a ti mismo»* (Lc. 10, 27; Dt. 6, 5).

Según esto, el amor a Dios ha de anteponerse a todo otro amor creado, porque si alguno prefiriese el bien creado a Dios, habría en él un desorden, un pecado.

Además, al extenderse también la caridad a nosotros y a nuestros prójimos, debemos tener en cuenta que la razón de este amor de caridad debe ser siempre Dios, y es que la verdadera virtud de la caridad es «teologal», esto es, versa acerca de Dios en sí mismo, y, como tenemos dicho, es sobrenatural, porque viene de Dios, pues *«el amor de Dios se ha derramado en nuestros corazones por virtud del Espíritu Santo que nos ha sido dado»* (Rom. 5, 5).

La virtud natural y sobrenatural de la caridad

Insisto en lo mismo. Conviene tener muy presente que la verdadera virtud de la caridad es *sobrenatural,* y ésta se da cuando amamos al prójimo *por Dios, nuestro sumo Bien y objeto de nuestra común bienaventuranza;* mas si lo amamos *por algún motivo distinto de Dios,* vg. por cierta simpatía natural, por filantropía, por cierto altruismo, compasión de sus miserias, etc., como ya indicamos, sería *simple virtud natural y humana.*

La caridad cristiana no queda ni debe quedar en un plano social y humano, es decir, no hemos de aspirar

sólo a ser más sociables o caritativos para conseguir un mundo mejor, sino con miras sobrenaturales que ordenen nuestros actos a la consecución de una vida eterna y feliz, que Dios nos tiene prometida.

La caridad como virtud sobrenatural no es adquirida por las propias fuerzas, sino que es un hábito infundido por Dios en la voluntad del hombre juntamente con la gracia santificante. Esto lo conocemos únicamente por la revelación, pues el hombre pecador entra en la posesión de la gracia y de la caridad en el mismo momento que es justificado por el bautismo, o por la absolución sacramental o acto de perfecta contricción, y Dios la infunde en nuestra almas en la medida y gracia que le place (1 Cor. 12, 11).

¿Podemos merecer ante Dios por nuestros actos?

A la luz de la Sagrada Escritura está claro que el hombre merece ante Dios premio o recompensa por los actos buenos, y castigo o pena por los actos malos.

He aquí unos textos sumamente expresivos:

«Alegraos y regocijaos, porque grande será en los cielos vuestra recompensa» (Mt. 5, 12).

«Cada uno recibirá su recompensa conforme a su trabajo» (1 Cor. 3, 8).

«Sé fiel hasta la muerte y te daré la corona de la vida» (Apoc. 2, 10).

Además la Escritura Santa dice que «Dios ama a los que le aman» (Prov. 8, 17), y cabe preguntar: Si Dios infunde en nuestras almas la virtud sobrenatural de la cari-

dad, si cuantos beneficios tenemos, los hemos recibido de El (*«¿qué tienes que no hayas recibido de El?»* (1 Cor. 4, 7), nos dice el apóstol), ¿qué podemos ofrecer o dar nosotros a Dios si todo es suyo? ¿Para qué mi amor y mi alabanza, si El ya es eternamente feliz y no necesita nada de nosotros?

A esto diremos que Dios nos ha creado por amor, y nos ha dado libertad y su gracia para merecer, y para corresponder a su amor quiere que le demos el afecto de nuestro corazón y la alabanza como si fueran bienes propios, pues, como dice San Agustín: «El que te creó sin ti, no te salvará sin ti». Nuestro amor debe ser operativo, debemos cooperar de nuestra parte.

Si el hombre tiene derecho a un premio eterno, es porque Dios así lo ha dispuesto y prometido con tal que haga actos buenos. De hecho nos manda que cumplamos sus mandamientos si queremos entrar en la vida eterna» (Mt. 19, 17).

En orden a la vida eterna, o sea, en el orden sobrenatural de que venimos hablando, el hombre no puede merecer absolutamente nada sin la gracia divina, y por tanto con solas sus fuerzas naturales no puede merecer el cielo. Jesucristo dice:

«Como el sarmiento no puede dar fruto de sí mismo si no permaneciere en la vid, tampoco vosotros si no permaneciereis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ese da mucho fruto, porque *sin Mi nada podéis hacer»* (Jn. 15, 4-5).

El acto humano sin la divina gracia es puramente *natural,* y para que tenga valor meritorio tiene que estar ordenado hacia la vida eterna, y entonces pasa a ser *sobre-*

natural, supuesto al estado de gracia, pues es evidente que el hombre en pecado nada puede hacer digno de la vida eterna, ya que a ella se opone el mismo pecado.

Lo mismo que el sarmiento separado de la vid está muerto, así el hombre separado de Cristo, o sea, sin su incorporación a El, y por tanto sin su gracia nada podrá hacer meritorio para la vida eterna.

Las virtudes naturales, aunque son buenas y recomendables en sí, no tienen valor alguno en orden a la vida eterna, ni tampoco tienen valor sobrenatural ante Dios las grandes obras de beneficiencia y filantropía realizadas por quien esté en pecado mortal.

Cualquier acto de caridad, por pequeño que sea, haciéndolo por amor de Dios es meritorio, según el dicho del Evangelio: «El que diere de beber a uno de estos pequeños un vaso de agua fresca en razón de discípulo, en verdad os digo que no perderá su recompensa» (Mt. 10, 42). Notemos que esta recompensa es «en razón de discípulo», o sea, haciéndolo por amor de Dios.

Las obras buenas redundan en beneficio nuestro, pues si Dios quiere que le glorifiquemos, dice San Agustín, es para nuestro bien, ya que El no lo necesita:

«La gloria de Dios es gloria nuestra. No crece Dios con nuestras alabanzas, ni se hace mejor porque le alabes, ni peor si le vituperas. Tú alabándole, te haces mejor y vituperándole te haces peor. El sigue siendo el mismo».

Excelencia de la caridad

¡Caridad! He aquí la virtud más excelsa, corona de las

virtudes y a la que se reduce toda la doctrina de Jesucristo.

¿Por qué la caridad es la más excelente de todas las virtudes? Sencillamente, porque así nos lo dice la Sagrada Escritura:

1) «Ahora permanecen estas tres virtudes: la fe, la esperanza y la caridad; *pero la más excelente de ellas es la caridad* (1 Cor. 13, 13).

Y es más excelente que la fe y la esperanza, porque estas son virtudes temporales (1 Cor. 13, 8), mas *la caridad es eterna,* es decir, perdurará para siempre, perfeccionada en la unión íntima con el Amado: «Dios es amor».

La fe y la esperanza desaparecerán *al ver y poseer* a Dios. Ahora seguimos creyendo y esperando en El; pero una vez *visto y poseido* o alcanzado, permanecerá sólo el amor de caridad por referirse ésta a *lo que ya poseemos.* «El que vive en caridad permanece en Dios y Dios en él» (1 Jn. 4, 16).

2) Un fariseo preguntó a Jesús: «Maestro, ¿cuál es el mandamiento más grande de la Ley? El le dijo: Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. *Este es el más grande y el primer mandamiento.* El segundo, semejante a éste, es: Amarás al prójimo como a ti mismo. *De estos dos preceptos penden toda la ley y los profetas»* (Mt. 22, 34-40).

Tal excelsa es esta virtud de la caridad, o sea, el amor a Dios y al prójimo, que a él se reduce el contenido esencial de lo revelado en la Ley y en los Profetas.

3) *La caridad es el vínculo de la perfección* (Col. 3, 14) *y es el cumplimiento de la Ley* (Rom. 13, 10).

La caridad la compara Santo Tomás al *fundamento* (de

un edificio) y a *la raíz* (de una planta) «en cuanto que sustenta y nutre a todas las demás virtudes...»

«La caridad es la medida de la grandeza y de la perfección; de tal manera, que el que tiene mucha, es grande, y el que poca es pequeño, y nada el que no tiene ninguna» (S. Bernardo).

«Ninguna cosa hay mayor en este mundo como el alma que tiene caridad... *Ama y haz lo que quisieres;* si callares, calla por amor; y si perdonares, perdona por amor; y si castigares, castiga por amor, porque lo que por este amor se hace es meritorio delante de Dios» (S. Agustín).

«Todas las virtudes pueden reducirse a la caridad o amor, porque

– *la fe* no es otra cosa que el amor que cree;
– *la esperanza,* el amor que aguarda,
– *la paciencia,* el amor que sufre,
– *la prudencia,* el amor que reflexiona,
– *la justicia,* el amor que da a cada uno lo que es suyo
– *y la fortaleza,* el amor generoso y valiente que vence» (S. Agustín).

«Por lo tanto, hermanos –añade el mismo San Agustín– buscad la caridad... Porque ella es la que tolera las adversidades, modera las prosperidades, resiste las fuertes pasiones, practica con alegría las buenas obras, es firmísima en la tentación, amplísima en la hospitalidad, gozosísima entre los verdaderos hermanos, pacientísima entre los falsos...»

La perfección cristiana consiste en la caridad

San Francisco de Sales nos lo dice con toda claridad: «No oigo sino hablar de perfección y veo muy pocos que la entiendan y la practiquen bien.

Cada cual fabrica una perfección a su modo y según sus inclinaciones particulares: unos la ponen en la austeridad del vestido; otros, en la abstención de la comida o en otras mortificaciones corporales; otros, en la limosna; otros, en la frecuencia de sacramentos; otros, en la oración o en la multiplicidad de devociones; otros, en cierta especie de contemplación pasiva y supereminente; otros, en aquellas gracias extraordinarias (como el don de milagros) que se llaman *gratis datae* (recibidas para el bien de los demás); pero todos se engañan, pues aunque todas esas cosas son en sí mismas buenas y santas, *poner precisamente en ellas mismas* la perfección, es tomar los medios por el fin o los efectos por la causa.

Por lo que a mí toca –añadía el santo–, no sé si conozco otra perfección que *«amar a Dios de todo corazón y al prójimo como a sí mismo»*.

Sin esto, toda perfección es una perfección falsa y de puro nombre, y *todas las virtudes juntas, sin el amor de Dios, me parecen como un montón de piedras»*.

Por eso San Pablo dice: «Pero por encima de todo esto, vestíos de la caridad, que es *el vínculo de la perfección* (Col. 3, 14), porque la caridad en cierto modo, como dice Santo Tomás, liga a todas las demás virtudes en una unidad perfecta.

Y, en efecto, todas las virtudes y los dones de ciencia y de profecía..., sin caridad nada valen (1 Cor. 13, 1-3), por

lo que la perfección espiritual no se concibe sin caridad.

De aquí que Santo Tomás asiente esta proposición: *«La esencia de la perfección consiste en la caridad»*, principalmente en el amor a Dios, y de modo secundario en el amor al prójimo.

Y ¿cómo amamos nosotros a Dios y al prójimo? No es tan fácil el amor como parece, porque no se reduce a una fórmula; verbigracia: «Dios mío, yo os amo», pues «no todo el que dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos». Esto no basta; se requiere que el amor se traduzca en obras... «Obras son amores...». Amar es sacrificarse por Dios, es vencer las pasiones por Dios, es sufrir por El...

Santa Teresita del Niño Jesús dice: «He comprendido que toda perfección y toda santidad se reduce a estas dos cosas solamente: *Amar y sufrir»*. El amor lo suaviza todo y hace amable y deseable el sacrificio.

Invitación a la perfección

Jesucristo nos invita a todos a la perfección, al decir: *«Sed perfectos, como mi Padre celestial es perfecto»*. Todos, pues, podemos y debemos procurar ser perfectos *en la medida que nos es dado*, ya que estas palabras del Señor van dirigidas a todos los que podemos y se nos ha enseñado a rezar: *Padre nuestro...*; por eso nos dice, «como vuestro Padre celestial es perfecto».

La llamada a la perfección es común a todos, dice el Vaticano II (LG. 32), y Jesucristo es el «modelo de perfección» (LG. 40).

«Hacer lo que quiere Dios» y lo que es de más agrado suyo es el camino más corto para ser perfectos».

Uno que se limitase a cumplir los mandamientos de Dios, y el más, aunque sea una persona religiosa consagrada a Dios, si se limitase a practicar los consejos evangélicos a fin de evitar los pecados mortales y los veniales deliberados, propiamente y en sentido riguroso de la palabra, no llegarían a ser perfectos.

Y es que la perfección exige el que se practiquen dichos preceptos y consejos con una cierta excelencia, nobleza y generosidad, que rehuye no sólo lo que ofende a Dios, sino que busca lo que más le agrade, que *no se contenta con lo estrictamente necesario y obligatorio,* sino que agrega lo que es de supererogación, con miras más elevadas de dar más gloria a Dios, demostrándole así amor más entrañable, y porque ama de veras a Dios cumple lo mejor posible sus deberes, y porque le ama, todo lo hace por El, lo fácil y lo difícil, lo que gusta y lo que no gusta, y trabaja por El, y descansa por El, y come por El, y se recrea por El..., porque El lo ha dispuesto así.

Bien podemos decir con Santa Teresita del Niño Jesús que «lo único que vale es el amor», pues es lo que sublima los actos y más agrada a Dios.

Por consiguiente, no basta hacer buenas obras, sino que es necesario hacerlas *por amor a Dios,* y en grado cada vez más intenso y actual.

«El amor a Dios es la quintaesencia de la vida cristiana, y por lo mismo el que quiera santificarse de veras y *de prisa* apenas ha de preocuparse de otra cosa que de hacer todas las cosas *por amor a Dios.* Es lo que quería decir San Pablo cuando escribió a los Corintios: *«Ya co-*

máis, ya bebáis o ya hagáis cualquier cosa, hacedlo todo para gloria de Dios» (1 Cor. 10, 31); y a los Colosenses: *«Y todo cuanto hacéis de palabra o de obra hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por El»* (Col. 3, 17). (P. Royo Marín).

Veamos a Jesucristo en los pobres

¿Dónde se halla Jesucristo presente? Se halla en tres lugares aunque de distinta manera: en el cielo, en la Eucaristía y en el pobre.

Meditemos sobre esta página del Evangelio, en la que se nos revela la presencia de Cristo en los pobres.

Jesucristo habla de la escena en el último juicio; pondrá unos a su derecha y otros a su izquierda. Entonces dirá a los que están a su derecha: «Venid, benditos de mi Padre, a tomar posesión del reino que os está preparado desde el principio del mundo», y ¿por qué les da este reino? Por las obras de caridad que hicieron en este mundo.

Y así lo dice El: «Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era peregrino, y me hospedasteis; estando desnudo, me cubristeis; enfermo, me visitasteis; encarcelado, vinisteis a verme.

A lo cual los justos le responderán, diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos nosotros hambriento, sediento, desnudo, enfermo o encarcelado, y te hemos asistido?

Y el rey les responderá: En verdad os digo: siempre que lo hicisteis con alguno de estos mis pequeños hermanos, a mí me lo hicisteis» (Mt. 25).

Y a los de la izquierda los condenará a eterno suplicio,

porque teniendo hambre, no le dieron de comer, y estando sedientos o desnudos, no les atendieron...

A Jesús debemos verlo representado en el más humilde, en el más pobre, en el enfermo, en el más desgraciado de los hombres.

Cuando Saulo, respirando amenazas contra los discípulos del Señor, cae en tierra, camino de Damasco, oyó una voz que le decía: *«Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?»*. El contestó: *«¿Quién eres, Señor?»*, y El: *«Yo soy Jesús, a quien tú persigues» (Hech. 9, 1-5).*

La consecuencia es ésta: Perseguir a los cristianos es perseguir a Cristo. Luego Cristo y los cristianos son una misma cosa. Y si el hacer una limosna a un pobre es hacerla al mismo Cristo, bien podemos decir que bajo los harapos del pobre se esconde Cristo.

El amor a Dios y al prójimo

El amor al prójimo está necesariamente unido al amor a Dios: «Si alguno dice: Yo amo a Dios, pero aborrece a su hermano, éste es un mentiroso» (1 Jn. 4, 20). Mi prójimo son todos los hombres (léase la parábola del Samaritano).

El amor se extiende a todos, aun a los más enemigos. ¡Qué poco grato resulta este amor, y más cuando el prójimo es terco, agresivo, de mentalidad estrecha!... Pero entonces míralos a todos en Cristo!, si es que no ves a Cristo en ellos, pues son miembros de su cuerpo, que los creó y los redimió... *«Todos sois uno en Cristo»* (Gál. 3, 28).

En el Antiguo Testamento, en el que imperaba más la

ley del temor, como en el Nuevo, hay hermosos textos que nos hablan elocuentemente del amor a nuestros enemigos: «Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer, y si tiene sed, dale de beber» (Prov. 25, 21).

«Si encuentras el buey o el asno de tu enemigo perdidos, llévaselos. Y si encuentras el asno de tu enemigo caído bajo la carga, no pases de largo, ayúdale a levantarlo» (Ex. 23, 4-5).

Jesucristo es el que habló claro del amor a los enemigos:

«Habéis oído que fue dicho: Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestro enemigos y orad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre, que está en los cielos, que hace salir el sol sobre malos y buenos y llover sobre justos y pecadores» (Mt. 43-45).

«Porque si vosotros perdonáis a otros sus faltas, también os perdonará a vosotros vuestro Padre celestial. Pero si no perdonáis a los hombres las faltas suyas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestros pecados» (Mt. 6, 14).

Y Cristo confirmó ésta su doctrina con su ejemplo desde la cruz, perdonando a sus verdugos: «Padre, perdónales que no saben lo que hacen» (Lc. 23, 24).

Procura venerar en los pobres, en los enfermos, en los pecadores, en los que sufren, a Jesús..., porque El se identifica con ellos (Mt. 25, 40); pero dirás: ¡Cuesta mucho amar a Jesús desfigurado! Es cierto; pero Jesús que odia infinitamente el pecado, ama infinitamente al pecador... y sufre en sus miembros porque los quiere ver santos.

Imita a Jesús. Ora por ellos. Cuando te cueste amar,

piensa que Dios se hizo hombre y vino a la tierra a enseñar a los hombres que no se odiasen ni se matasen...

He aquí algunos ejemplos de santos que vieron a Cristo en los pobres:

– *San Vicente Paúl* exclamaba: «¡Oh, qué hermoso y grande es el pobre visto a través de Jesucristo!»

– *San Martín* divide su manto entre él y el pobre de la puerta de Amiéns, y Jesús se le muestra, de noche, vistiendo aquel ropaje de limosna, y le dice: «Así me ha vestido Martín».

– *San Gregorio Magno* sirve con sus propias manos y alimenta a los peregrinos llegados a Roma, entre los cuales se esconde Jesucristo en persona, el cual le sonríe y desaparece.

– *Santa Isabel de Hungría* recibe y mete en su lecho ducal a un leproso, en quien ella y su esposo, el duque, reconocen, adorándole, al Salvador del mundo.

– *Un gran rey, San Luis,* se empeña en servir a los pobres con la cabeza descubierta y dobladas las rodillas, comiendo luego de lo que ellos dejan.

Nota: Estos ejemplos están tomados de la obra *«Teología de la Caridad»*, del P. Royo Marín, donde pueden verse otros más.

Cualidades de la caridad cristiana

Las cualidades de nuestro amor al prójimo, las podemos reducir a éstas: sobrenatural, sincera, desinteresada y universal.

1.ª *Sobrenatural.* Aunque de esta cualidad ya hemos

hablado, interesa mucho insistir para conocer lo mejor posible el concepto de la verdadera caridad.

Cuando falta el elemento sobrenatural sólo queda un amor puramente natural de filantropía, de altruismo, etc; pero no el amor de caridad.

La caridad en su origen nace en nosotros por la acción del Espíritu Santo que nos ha sido dado (Rom. 5, 5) para amar a Dios como El quiere ser amado y para amar a nuestros hermanos como El quiere que les amemos.

Y como el objeto de la caridad es nuestro prójimo, tenemos que ver en él a toda alma que puede tener un día con nosotros una parte en el reino de los cielos, pues no es bastante amar a nuestros prójimos, vecinos, paisanos o compatriotas con un amor natural. Esto es bello, pero un pagano podría hacer otro tanto (Mt. 5, 46-47).

La caridad se eleva más alto cuando los motivos de nuestro amor al prójimo, son por la bondad divina que se refleja en él, porque es miembro de Cristo, porque es hijo de Dios y está su alma destinada a ser heredera del cielo como nosotros.

El fin de la caridad, por tanto, y de toda nuestra vida sobrenatural es la eterna bienaventuranza a la que nos encaminamos todos.

La caridad es inseparable de la gracia, y sin la gracia, el hombre en pecado mortal, no puede hacer absolutamente nada que tenga valor alguno en orden a la vida eterna.

En consecuencia, los actos sobrenaturales y meritorios de nuestra caridad parten de nuestra unión con Dios, o sea, de la vida de la gracia, y por lo mismo es equivocada esta expresión: «Hay personas que no creen en Dios y

son más caritativas que muchos cristianos que oran y van a Misa»...

Sin duda, los que esto dicen confunden la simple compasión sensible con la caridad, que procede de la voluntad animada por el amor de Dios, pues por mucho que se califique a estas personas de caritativas, si actúan en esto sólo por propensión natural o por motivos puramente humanos, no practican la caridad, ya que el motivo que les inspira no es sobrenatural y su amor tampoco. Lo que constituye la caridad no es el acto en sí: *es el motivo.*

La obras de un pecador que parten de un amor natural, no negamos que puedan predisponer a la caridad y facilitarla, pero repetimos: no son verdadera caridad.

Las otras cualidades son:

2.ª *Sincera,* esto es, que amemos no sólo de palabra y con la lengua, sino «con obras y de verdad» (1 Jn. 3, 18). «Haced con los demás hombres todo lo que deseáis que hagan ellos con vosotros» (Mt. 7, 12).

Y debe ser *sincera y cordial,* no sólo exterior, sino interior: «Perdonar *de corazón* a vuestro hermano» (Mt. 18, 35). *«El amor sea sin fingimiento»* (Rom. 12, 9).

El amor se ha de manifestar en las obras: «Obras son amores y no buenas razones»...

3.ª *Desinteresada,* o sea, hacerla para agradar a Dios, y no para ser alabados y recompensados por los hombres... (haz en oculto tu limosna, y tu Padre que ve lo oculto te recompensará).

4.ª *Universal.* El amor se extiende a todos los hombres del mundo, sin excepción alguna.

Cuando Jesús dice: *«Amarás a tu prójimo como a ti mismo»* (Mt. 22, 39), en la palabra «prójimo» se in-

cluyen todos nuestros semejantes: amigos y enemigos, los que nos persiguen y calumnian... «Amad a vuestros enemigos... Si no perdonareis, Dios no os perdonará». Así lo decimos en el *Padre nuestro*... «Perdónanos así como nosotros perdonamos...».

El amor al prójimo debe ser «como a mí mismo». Y ¿cómo debo amarme yo?... Procurando conservar mi *vida natural* como administrador que soy de ella..., y conservar mi *vida sobrenatural o espiritual,* evitando el pecado y practicando la virtud... Esto lo he de querer yo para los demás.

Ya hemos hablado antes del amor a los enemigos, fijémonos ahora en el amor a los pecadores.

¿Debemos amar a los pecadores y criminales?

Sí, debemos amarles, pero no en cuanto pecadores o criminales, sino en cuanto hombres capaces todavía de la bienaventuranza eterna.

Hay que distinguir, como nos enseña San Agustín, entre el pecado y el pecador. Dios odia infinitamente el pecado, pero ama infinitamente al pecador.

«El pecado es siempre despreciable; pero, gracias a Dios, por muy culpable que sea el pecador, lleva siempre consigo las posibilidades de levantamiento y regeneración, y tiene, por consiguiente, derecho a nuestro interés. Odiemos, pues, sus faltas, pero reservemos lo mejor de nuestra piedad para su alma caída.

Estamos obligados a ello tanto más cuanto el mismo Dios nos ha dado ejemplo. ¿Para qué se ha encarnado?

¿Para qué ha derramado su sangre? ¿Para qué ha muerto en una cruz, sino por los pecadores?

Ha querido por su sacrificio librarles del demonio y abrirles el camino de la salvación, dándoles así la prueba suprema de su amor y llamándonos al honor de participar de El.

Guardémonos, pues, de huir de los pecadores como si fueran sentinas pestilenciales. Vayamos a ellos con Cristo, recordando que ninguno de nosotros está sin pecado y que, habiendo recibido tanto de la divina misericordia, no hacemos otra cosa que darles, al volcarnos sobre sus miserias lo que antes nos dieron a nosotros.

(Si nos dicen): ¿Que queréis hacer de nosotros? ¿Por qué nos buscais, siendo como somos pecadores? Os buscamos para arrancaros de una perdición segura; os buscamos porque hemos sido buscados nosotros mismos; queremos encontraros porque nosotros mismos hemos sido objeto de semejante favor» (1 Jn. Ev. 7, 21).

Las anteriores palabras de San Agustín nos deben hacer reflexionar a todos:

1. *Sobre nuestro impulso vengativo contra los criminales.* Cuando vemos que hay terroristas que asesinan a sangre fría a otros hermanos nuestros, instintivamente viene a nuestra mente: ¿Por qué a esos asesinos no los matarán?

Al venir tal pensamiento a la mente, para evitar toda venganza en nosotros, lo mejor es volvernos a Dios poniendo este asunto en sus manos, diciéndole: «Señor, mi naturaleza se rebela contra los criminales; pero, tú que eres dueño de la vida de los hombres y sabes lo que les conviene, dales su merecido, y, según tu misericordia,

inspírales un rayo de tu gracia para que reflexionen sobre el gran castigo de que son merecedores y se vuelvan a ti pidiéndote perdón».

2. *Sobre el gran amor que Dios nos tiene a todos.* Esto nos enseñará a amar como El quiere a nuestros prójimos. «Dios es amor», dice la Escritura Santa, y ¿hasta dónde llega su amor? Hasta el sacrificio heroico de dar la vida por nosotros. Veámoslo en los textos siguientes:

«En esto hemos conocido el amor que Dios nos tiene; en que el Señor dio su vida por nosotros» (1 Jn. 3, 16).

«El amor de Dios hacia nosotros se manifestó en que Dios envió a su Hijo unigénito para que nosotros vivamos por El» (1 Jn. 4, 9).

«Lo que hace brillar más el amor de Dios hacia nosotros, es que, siendo pecadores, murió Cristo por nosotros» (Rom. 5, 9).

«Nos amó y se entregó a Sí mismo por nosotros» (Ef. 5,2).

Es decir, nosotros sabemos que Dios nos ama, no precisamente porque nos ha creado y nos ofrece el cielo, sino porque hemos visto que para que consigamos ese cielo El no reparó en aceptar por nosotros toda clase de trabajos y sufrimientos...

Ahora bien, así como Dios nos ha demostrado su amor al hacerse hombre y padecer por nosotros, de igual modo para saber si nosotros le amamos será necesario que veamos qué es lo que somos capaces de sufrir por su amor, y si sabemos aguantar y perdonar a nuestros enemigos y pecadores como El lo hizo... *«Padre, perdónales...»*.

Hablar de caridad es hablar de amor, y el amor tiene sus grados. El colmo del amor, como vemos, es «dar la

vida por el amigo». Es decir: el amor se mide por el sacrificio. Santa Teresa nos dirá que la medida del amor es la cruz: «El que amare mucho, verá que puede sufrir mucho por el amado» (C. 32, 7).

Nota: Otras cualidades de la caridad las podemos ver en el himno que San Pablo hace de la caridad, cuando dice: «La caridad es paciente, es sufrida, humilde, etc...», la que terminaré comentando en el epílogo de este libro, al hacer una breve exégesis del cap. 13 de la carta 1.ª a los Corintios.

Los efectos y oficios de la caridad

1. *Los efectos de la caridad.* Brevemente diré, son estos:

– *Borra los pecados:* Recordemos el ejemplo de la Magdalena... «amó mucho», y porque amó mucho, se le perdonaron sus pecados. Igualmente al buen ladrón, pues después de decir arrepentido: «Acuérdate de mí, no te acuerdes de mis pecados, que detesto...», Jesús le dijo: «Hoy estarás conmigo en el paraíso...».

– *Todo lo que puede...* No se detiene ante el sacrificio o el peligro... Ver el misionero que deja todo y abandona casa y familia... Dios le da el ciento por uno...

2. *Los oficios de la caridad:* «Amar, aconsejar, socorrer, sufrir, perdonar y edificar».

Unos «aman», pero no pasan más adelante... Otros «aman y aconsejan», pero no ayudan ni socorren... Otros «ayudan pero no sufren ni aguantan...»; otros «sufren», pero no *edifican...* Todo es necesario.

La caridad, como dice San Bernardo, es la medida de la grandeza y de la perfección... Sin la caridad todas las demás virtudes desaparecen...

La caridad se conoce por oposición al egoísmo. Este lo quiere todo para sí; la caridad, todo para los demás...

El verdadero amor se da, pues está hecho para amar; sale de sí mismo para darse a otros... Este es Dios.. es todo caridad, todo amor...

El egoísmo no sacia, tiene riqueza y quiere más, y esto es un vacío de lo infinito. La caridad sola sacia, porque se goza, porque se goza en el bien de los demás, y Dios infinito llena el corazón, es «caridad de Dios derramada en nuestros corazones», que se extiende luego a todos.

Este era el distintivo de los primeros cristianos, que tenían un solo corazón y una sola alma. Los paganos decían: «Ved como se aman»...

Ellos cumplían el mandato de Cristo: «Un mandamiento nuevo os doy: que os améis unos a otros como yo os he amado» (Jn. 13, 34).

Práctica de la caridad

1. *Ver a Dios* en cada uno de nuestros hermanos; así llegaré a amarlos realmente. Tal es el principio y el fin del precepto; el único medio a mi alcance para poderlo satisfacer.

2. *Estimar a mis hermanos* y ver en ellos sus buenas cualidades. Instintivamente considero sus defectos; es una táctica errada, pues todos tienen algo de bueno, ya que son imagen de Dios...

3. *Creer todo lo bueno* que se me dice y veo; no creer sino al mal *personalmente comprobado* y del cual estoy más seguro, y, si cabe, disculparlo.

4. *Hacer favores.* ¡Cuánto vale un acto de bondad, una palabra afectiva, un objeto prestado! Se puede resistir al genio, a la ciencia; a la bondad, nunca.

5. *Rezar por ellos y perdonar.* Una plegaria cuesta poco y conmueve al corazón de Dios en favor de ellos, y si sabemos perdonar generosamente, Dios nos perdonará, pues «seremos tratados del mismo modo que hayamos tratado a los demás». Para perdonar a los demás basta un poco de humildad, buen sentido y corazón.

6. *Nunca murmurar del prójimo,* ni formar juicios temerarios. No nos corresponde juzgar su conducta, y aunque haya pecado, no sabemos si ha de arrepentirse o si se ha arrepentido ya, y si es uno de los que habitarán en el cielo. Nos avergonzaríamos de robar una peseta al prójimo, y ¿no nos avergonzaremos de robar su reputación que vale más que las riquezas?...

7. *Soportar a los demás.* Tienen sus defectos, sin duda, pero ¿acaso estamos exentos nosotros? Para soportar los defectos ajenos seamos humildes en pensamientos, palabras y obras. Si encontramos imperfecciones en el prójimo, pensemos en las nuestras para corregirnos.

Esta lección me la da el mandamiento de Jesucristo. Señor, haced que la tenga siempre presente.

Las obras de misericordia

Según el Catecismo de la Doctrina Cristiana, las obras

de misericordia son catorce: siete espirituales y siete corporales, y a éstas se reducen todas las demás necesidades y cuantas podamos hacer en beneficio del prójimo necesitado.

La limosna que podemos hacer a nuestros prójimos es no sólo corporal, sino espiritual, y ésta supera siempre a la corporal, y a ésta debe preferirse, a no ser en caso excepcional, vg. cuando uno se muere de hambre, pues entonces será siempre preferible darle antes de comer que buenos consejos.

Las obras de misericordia corporales son:

1.ª *Visitar a los enfermos.* En esta obra hemos de avivar la fe, viendo en el enfermo al mismo Cristo, y por tanto atenderle, aliviarle y consolarle como miembro doliente de Cristo.

Está bien que nos interesemos por su salud corporal, pero ante todo debemos interesarnos por su salud espiritual, procurando que no se deje morir sin recibir los santos sacramentos, ya que la verdadera caridad se funda en la participación de la eterna bienaventuranza y a ella debe encaminarse nuestra visita.

2.ª *Dar de comer al hambriento.* Está bien hacer una limosna particular, o sea, el dar algo de sustento, o de dinero para que el menesteroso pueda ir haciendo frente a sus necesidades; pero a veces no basta y hay que otros o de organizaciones como «Cáritas» en momentos de necesidades urgentes o de ingreso en un hospital, etc.

La cuestión social es obra de *la justicia* ya también de *la caridad* pues sólo el amor puede acercar los corazones y hacer que los ricos se desprendan de lo superfluo y que lo haga, si es necesario, con algún sacrificio para que no

pierda su limosna valor ante Dios.

La Escritura Santa nos dice: «No niegues un beneficio a quien lo necesita, siempre que en tu poder esté hacerlo» (Prov. 3, 27).

«El que da al pobre no tendrá pobreza; el que aparta de él sus ojos tendrá muchas maldiciones» (Prov. 28, 27).

«Da a quien te pida y no vuelvas la espalda a quien te pide algo prestado» (Mt. 5, 42).

3.ª *Dar de beber al sediento.* Esta es una obra complementaria de la anterior por ser la bebida complemento natural del elemento corporal.

«Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber. Pues así echas ascuas sobre su cabeza. Yahvé te lo pagará» (Prov. 25, 21-22).

«Venid, benditos de mi Padre... porque tuve sed y me disteis de beber» (Mt. 25, 35).

4.ª *Vestir al desnudo.* Hay todavía mucha gente pobre, que andan semidesnudos y harapientos pidiendo limosna de puerta en puerta... No olvidemos que representan a Cristo, que nos reprocha si no los atendemos; *«porque estuve desnudo y no me vestisteis»* (Mt. 25, 43).

5.ª *Dar posada al peregrino.* Aunque no hay peregrinos como antes, no faltan errantes que carecen de vivienda y están llenos de necesidades... o viven hacinados en suburbios en una sola habitación... y el que pueda debe ejercitar esta obra de caridad atendiéndole o cooperando a solucionar su situación.

6.ª *Redimir al cautivo.* Tampoco hay cautivos como antes o presos que se redimían a costa de dinero; pero sí hay presos en otra forma y muchos que sufren, y por eso dice el apóstol: «Acordaos de los presos, como si vosotros

estuvieseis presos con ellos, y de los que sufren malos tratos, como si estuvierais en su cuerpo» (Heb. 13, 3).

Hoy no faltan seres infelices y desgraciados que cometieron delitos y crímenes en momentos de apasionamiento o de locura..., y deben movernos a ejercer misericordia con ellos, visitándolos, recordando el dicho de Jesucristo: «*Estuve preso y vinisteis a verme*» (Mt., 25, 36).

Hay otros que gimen bajo regímenes comunistas y ateos y son esclavos moral y materialmente...;otros son esclavos de usureros..., y algo se puede hacer para redimirles y sobre todo a los esclavos del pecado, a los que hay que hacer ver la malicia del pecado y el valor de la gracia.

7.ª *Enterrar a los muertos.* En el libro sagrado de Tobías se recomienda esta obra de misericordia, y porque él la ejercitó y el ángel le reveló lo grata que había sido a Dios juntamente con su oración. Dios le premió.

El cadáver de un cristiano, aunque causa cierto horror a la medida que se va desfigurando, no deja de ser una reliquia sagrada por haber sido durante su vida templo del Espíritu Santo (1 Cor. 6, 19), y un día resucitará glorioso entre los muertos (1 Tes. 4, 13-18).

Hoy lo que se puede hacer, como obra de caridad, es ayudar a las familias pobres o cooperar a costear los gastos de entierro, funerales, etc.

Las obras espirituales de misericordia

Algunos tienen conceptos erróneos, porque entienden por caridad solamente el dar limosna socorriendo las ne-

cesidades materiales; mas es necesario reconocer que la verdadera caridad mira no sólo a las obras de misericordia corporales, sino a las grandísimas necesidades del alma, o sea, a las obras espirituales de misericordia que son más importantes que las corporales.

Vamos a hacer un breve comentario de todas ellas:

1.ª *Enseñar al que no sabe.* Esta es una de las mayores obras de misericordia que podemos ejercitar en beneficio del prójimo.

En el orden natural es importante enseñar a leer y escribir a los pobres analfabetos y facilitar a los niños también pobres los medios indispensables para una educación intelectual proporcionada a su talento...; pero más importante *en el orden sobrenatural* enseñarles el Catecismo o doctrina salvadora del Evangelio por referirse a la religión y a los destinos eternos del hombre.

Esta es una de las obras más sublimes y meritorias de caridad enseñar a los ignorantes, a los que absorbidos por mil preocupaciones terrenas no piensan en la eternidad que les espera más allá del sepulcro. Como dice la letrilla popular:

La ciencia más encumbrada
es que el hombre en gracia acabe.
Que, al final de la jornada,
aquél que se salva, sabe;
y el que no, no sabe nada.

¡Cuántos no saben para que están en este mundo, ni saben quién es Dios, ni Jesucristo, ni la Virgen María!... La caridad nos debe impulsar a hacer apostolado con ellos y

con los medios que estén a nuestro alcance; enseñanza del Catecismo y darles a leer buenas revistas y libros... (p. 28).

2.ª *Dar buen consejo al que lo necesita.* Hay muchas almas desorientadas que van por las sendas del mal, y ¡cuántos podrían cambiar con el consejo de una persona amiga y prudente y así orientar su vida por el camino del bien!

Hay que saber dar buenos consejos y darlos no afectando superioridad o en tono irónico y burlón, sino con mucha humildad, sabiendo escoger el momento y la ocasión oportuna, y también saber esperar y comprender... y hay que orar y pedir a Dios luz para saber dar el consejo apropiado...

También el mejor consejo es la oración a aquéllos que se proponen elegir estado o un oficio o carrera, etc.

3.ª *Corregir al que yerra.* Sobre la corrección fraterna encontramos ya en la Biblia el modo y detalles de hacerla:

«Si pecare tu hermano contra ti, ve y repréndele a solas. Si te escucha habrás ganado a tu hermano. Si no te escucha toma contigo a uno o dos, para que por la palabra de dos o tres testigos sea fallado todo el negocio. Si los desoyera, comunícalo a la Iglesia; y si a la Iglesia desoyere, sea para ti como gentil o publicano» (Mt. 18, 15-17).

San Agustín llega a decir: «Si descuidares corregir, te vuelves peor que el que pecó».

La corrección fraterna, que tiene por objeto la enmienda del hermano delincuente, pertenece a todo el que tenga caridad, sea súbdito o superior, y debe hacerla en el

momento y ocasión más oportuna, y en la medida y grado de sus posibilidades, pues «siempre es un acto de caridad apartar al prójimo de un verdadero mal, como es el pecado. Pero ha de procederse a la corrección con toda humildad y modestia, para que no resulte contraproducente y escandalosa... Una corrección altanera y orgullosa producirá casi siempre efectos contraproducentes» (P. Royo Marín).

San Pablo nos dice: «Hermanos, si alguno fuere hallado en falta, vosotros los espirituales, corregidle con espíritu de mansedumbre...» (Gál. 6, 1).

Si no hay esperanza de éxito, lo mejor es omitirla. Lo que no debe omitirse a su favor es la oración, que es por la que Dios puede hacerle reflexionar y salir del pecado.

4.ª *Perdonar las injurias*. Jesucristo nos manda rezar de este modo: «Perdónanos, así como nosotros perdonamos...» Para que se nos perdone, tenemos que perdonar (Mt. 6, 14-15).

«Porque, si vosotros perdonáis a otros sus faltas, también os perdonará a vosotros vuestro Padre celestial. Pero si no perdonáis a los hombres las faltas suyas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestros pecados».

«Entonces se le acercó Pedro y le preguntó: Señor, ¿cuántas veces he de perdonar a mi hermano si peca contra mí? ¿Hasta siete veces? Dícele Jesús: No digo yo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete» (Mt. 18, 21-22) (esto es, *siempre*).

Jesús nos dio ejemplo otorgando el perdón a toda clase de pecadores: A María Magdalena, a la samaritana, a la adúltera, a Zaqueo, a Mateo, al publicano, a Pedro, al buen ladrón... Y desde lo alto de la cruz dijo a los que le

habían crucificado y se mofaban de El: «Padre, perdónales, que no saben lo que hacen» (Lc. 23, 24).

San Esteban también imitó a Jesús, perdonando a los verdugos que le apedrearon (Hech. 7, 6), y San Pablo nos dice: «Sed más bien unos para con otros bondadosos, compasivos, perdonaos unos a otros, como Dios os ha perdonado en Cristo (Ef. 4, 32).

Es maravilloso el ejemplo de Santa Juana de Chantal que perdonó de tal manera al que mató a su marido, que llegó a ser madrina en el bautismo de uno de sus hijos; acción heroica que llenó de admiración al mismo San Francisco de Sales.

Pitaco, uno de los sabios de Grecia tuvo ocasión de vengarse, y dijo: «Mejor es el perdón que la venganza; el perdón es propio de un carácter pacífico, y la venganza no cuadra más que a un espíritu de fiera».

5.ª *Consolar al triste.* Esta es una obra excelente de caridad. Si hay tristeza en el mundo es porque cada vez hay más miserias y menos amor para aliviarlas.

Los reveses de fortuna, las enfermedades, las calumnias, muertes de familia y otras calamidades influyen en nuestro ánimo.

¡Cuánto valen entonces unas palabras cariñosas y amables brotadas de lo íntimo del corazón! Mas el mejor consuelo es el que parte de las verdades de la fe.

El mundo es un valle de lágrimas y hay que saber aceptar las cruces sabiendo soportar el dolor, uniéndolo al de Cristo nuestro Redentor.

En nuestras visitas de amigo, a veces, es conveniente dejar desahogarles y que nos hablen de sus problemas y dificultades y escucharles con deferencia e interés, aña-

diendo luego de nuestra parte unas palabras de optimismo para que puedan aliviar su alma... y que sean también de comprensión y amor.

6.ª *Sufrir con paciencia los defectos del prójimo.* Todos tenemos multitud de defectos que molestan a nuestros prójimos, y es necesario que sepamos tolerarlos mutuamente. La paciencia, la mutua comprensión y tolerancia nos ayudarán a una pacíficia convivencia.

Kempis dice: «Lo que el hombre no puede corregir en sí mismo o en los demás, debe soportarlo con paciencia hasta que Dios lo ordene de otro modo... Procura sufrir con paciencia los defectos y flaquezas de tu prójimo, porque tú también das mucho que sufrir a los demás.»

«Queremos que los demás sean perfectos, y no enmendamos nuestras faltas. Queremos que se corrija severamente a los otros, y nosotros no queremos ser corregidos».

Procuremos ser amables. La amabilidad es la palabra dulce que reanima, que levanta, consuela y fortifica, como el rocío levanta, reanima y colora la planta que se secaba.

No te enfades: «¿Por qué has de enfadarte si enfadándote ofendes a Dios, molestas al prójimo, pasas tú mismo un mal rato... y te has de desenfadar al fin? («Camino, n.º 8).

7.ª *Rogar a Dios por los vivos y difuntos.* Esta obra de misericordia obliga a buenos y malos, justos y pecadores.. a todos sin excluir a nadie, fuera de los condenados en el infierno, porque éstos ya son incapaces de poseer la bienaventuranza eterna.

Donoso Cortés escribió: «Más hacen por el mundo los

que oran que los que combaten, y si el mundo va mal es porque hay más batallas que oraciones» (Véase *«Teología de la Caridad»* de P. Royo Marín).

El buen apostolado

No hay duda que está bien la misericordia y la beneficiencia con el prójimo, pero vale más el apostolado directo sobre su alma para contribuir a su salvación.

No basta ser buenos, hay que ser apóstoles del bien, y todos podemos serlo con la oración, con la palabra, con el sacrificio, con los buenos libros y sobre todo con el buen ejemplo.

El principio y raíz del apostolado es la caridad: el amor a Dios y al prójimo. Este apostolado supone una vida de oración intensa.

El amor a Dios y al prójimo nos debe llevar a extender el apostolado a todos los hombres sin excepción alguna; mas el objetivo o fin de este apostolado ha de ser siempre *la gloria de Dios.*

«El apostolado más eficaz e irremplazable es el de una vida santa y piadosa, que actúe con el ejemplo y la oración» (Pío XII).

La sola presencia de un alma virtuosa y santa es ya una predicación muda, pero elocuente, que reprende al escandaloso: al malvado, al impúdico, al blasfemo y estimula a obrar bien al indiferente.

El apóstol debe ser un alma impregnada de amor, que sólo quiere el bien de los demás y trabaja por todos los medios para conquistarlos para Cristo, ya con una co-

rrección amorosa, ya con un admirable ejemplo de paciencia, de humildad, de caridad...

El verdadero apóstol debe tener siempre presente su *misión sobrenatural*, o sea, el contribuir a que las almas vivan en gracia de Dios, oponiéndose con su acción apostólica a toda clase de pecados y especialmente al escándalo o mal ejemplo que arrastra a otros al mal.

– *El escándalo es un grave pecado* y el mayor contra la caridad, y vamos a fijarnos en él.

El escándalo puede producirse con palabras, con malos escritos, con pinturas indecentes, actos de ira, de blasfemia, omisión de sacramentos, etc.

El escándalo es un mal ejemplo que arrastra a otros al mal. Un padre, vg. que blasfema, que no va a Misa los domingos... es ocasión de que sus hijos blasfemen y no oigan la Santa Misa...

¡Ay del que causa el escándalo! (Mt. 18, 7) ¡Ay del que es causa que otras almas pierdan la inocencia y sean ocasión de pecados ajenos...! Grande fue el crimen de Caín, pero es mayor el del escandaloso... ¡Desgraciado! ¿Dónde está tu hermano, el inocente Abel? Su sangre que has derramado, aquella alma que has asesinado con tus infames ejemplos, clama venganza... Repara tantos males causados: con el *arrepentimiento y la penitencia...* y respecto a tu prójimo *con el buen ejemplo.*

El escándalo es el pecado más pernicioso, pues causa ruinas casi inevitables, ruinas siempre crecientes y que vienen a ser eternas.

Una sola palabra, un mal ejemplo puede dar muerte al alma... Comparación: El emperador romano Tito al asediar a Jerusalén había ordenado mirar por el templo, que

lo defendiesen a toda costa... Un soldado, a pesar de esta orden, arrojó en él una antorcha inflamada..., bien pronto el edificio ardió en llamas... Una sola palabra impura es esta antorcha encendida. ¡Cuán triste es ver perdido para siempre a un niño, porque él oyó una mala palabra..., vio una acción deshonesta..., halló un mal libro...

El escándalo es como el fermento que corrompe toda masa..., es como la peste o la epidemia que causa estragos... Los blasfemos, los pecadores públicos, todos son, en general, escandalosos.

No hay duda que el pecado mayor que se puede cometer contra la caridad es el escándalo, porque directamente daña y perjudica la vida de la gracia.

Si nosotros de algún modo pudiéramos evitar alguno de los muchos escándalos que hoy se cometen, haríamos una obra de caridad mayor que si hubiéramos evitado una catástrofe atómica que hubiera causado la muerte corporal de todos los hombres.

Es decir: el acto de caridad más grande que se puede hacer es trabajar por la conversión de los pecadores y porque perseveren en gracia los justos.

Si nos escontráramos con un terrorista portador de una bomba que sabemos quiere colocar en un colegio para matar varios cientos de inocentes, ¿no haríamos una gran obra de caridad si exponiendo nuestra vida consiguiésemos desarmarlo? Pues mucho mayor es la obra de caridad de quien lucha para que no se cometa algún escándalo que puede perjudicar y causar la muerte de algún alma.

– *La oración.* El apostolado del bien supone vida de oración, y por lo mismo es necesario reconocer el valor

de esta vida y su eficacia.

En la oración tenemos el medio más poderoso para santificarnos y santificar a otros. Sin la gracia no hay salvación, y la gracia se obtiene por la oración. Como dice San Agustín: «La salvación está vinculada a la oración».

Jesucristo nos enseñó a orar al decirnos: Cuando oréis decid: *«Padre nuestro que estás en los cielos...»*

Debemos confiar en el poder de la oración: *Moisés* oró y se aplacó el Señor, que iba a destruir a su pueblo...; *Abraham* intercedió por Sodoma y Gomorra, y por no haber en estas ciudades diez almas justas que orasen, fueron destruidas...

De Santa Teresa de Jesús se dice que con la oración convirtió a diez mil herejes... y a costa de que un alma se salvase viviendo en gracia, llega a decir en el «Camino de perfección, cap. 3».

«¿Qué va en que esté yo hasta el día del juicio en el Purgatorio, si por mi oración se salvase sola un alma? ¡Cuánto más el provecho de muchas y la honra del Señor! De penas que se acaban no hagáis caso de ellas cuando interviniera algún servicio mayor al que tantas pasó por nosotros».

Así es como la Santa entendía y practicaba la caridad. No solamente aceptaba todos los trabajos de este mundo, sino que incluso los del infierno hasta el día del juicio por la salvación de una sola alma. Porque de lo limitado a lo eterno hay una diferencia infinita y no puede haber comparación de todos los males de este mundo ni los que padezcan todas las almas del Purgatorio con lo que ha de padecer una sola alma condenada para toda la eternidad.

Con razón decía: «de penas que se acaben no hagáis

caso de ellas». Las que han de tenernos en vilo son las que nunca acabarán...

Si queremos ser apóstoles del bien, es necesario que no abandonemos la oración, porque «las palabras que salen de un corazón frío (no caldeado en la oración) no podrán inflamar en deseos celestiales a los que las oyen» (S. Gregorio Magno).

– *La propaganda de las buenas lecturas.* Una de las obras más importantes de caridad es «publicar, propagar y repartir profusamente libros, folletos, revistas, periódicos y hojas de propaganda religiosa... Es inmensa la influencia de la prensa en el mundo de hoy, hasta el punto de que la gran mayoría de los hombres, carentes de cultura y de personalidad, piensas a través del periódico o de la revista que leen diaria o semanalmente...» (P. Royo Marín).

Y ¿qué diremos hoy respecto a la radio, la prensa y sobre todo la televisión, manejadas por personas materialistas y ateas, que tergiversan la verdad evangélica y nos presentan la realidad de la vida de distinta manera de como nosotros la hemos de ver? ¡Cuánto daño están haciendo! Son ciegos conductores de ciegos de los que hemos de huir.

Nuestro deber de caridad es hacer ver el influjo de la mala prensa y de los malos libros, y contrarrestar tanto mal con la lectura de los buenos libros, en especial de los Libros Santos, máxime de los Evangelios...

– *El buen ejemplo.* «Los hombres quieren más ejemplos que palabras, porque fácil es hablar, difícil obrar» (Lactancio), o como decía San Bernardo: «La voz de las obras puede más que la voz de la boca», y por eso dice el

adagio popular: «Las palabras mueven, pero el ejemplo arrastra».

«La vida de los piadosos ha de ser útil, no solamente para ellos, sino también para los demás; a fin de que lo que no puede obtener con palabras, se logre con ejemplos» (S. León M.).

«Brille así vuestra luz ante los hombres de manera que vean vuestras buenas obras y por ellas glorifiquen a vuestro Padre» (Mt. 5, 1).

A este fin «has de ser dechado de los fieles en el hablar, en el trato, en la caridad, en la fe, en la castidad» (1 Tim. 4, 12).

Nuestro deber es vivir como buenos cristianos, pues hoy hay muchos de solo nombre, y como en tiempo de San Agustín podemos decir: «Todos hacen sobre ellos la *señal de la cruz,* todos responden *Amén,* todos cantan *aleluya,* todos reciben *el bautismo,* todos frecuentan las iglesias... Esto todavía no me dice que son cristianos. Lo que distingue a los hijos de Dios de los hijos del diablo es únicamente el amor».

APENDICE

El camino perfecto: la caridad

Termino este trabajo sobre la caridad con la exégesis del cap. 13 de la 1.ª Carta a los Corintios, que copio de mi libro: «LAS CARTAS DE SAN PABLO» (Traducción, introducciones y comentarios, por B. Martín Sánchez).
Este capítulo viene a ser como un resumen de lo ya expuesto en este libro, y un verdadero himno a la caridad cristiana, reina de todos los dones y virtudes.

1.3. **Aunque yo hablase las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo caridad... nada soy.**

Para los corintios la «glosolalia» o el don de hablar todas las lenguas era el más apreciado, y San Pablo les dice que ni este don ni el de la profecía con los esplendores de conocimiento, ni la fe de los milagros, ni las obras de beneficencia más heroicas, si no van acompañadas de la caridad carecen de valor *en mí*.

Y es porque, como dice San Agustín: «Yo nada soy. No es que tales dones no sean nada, sino yo, si teniéndolos me faltase la caridad. ¡Cuántos bienes no aprovechan

sin un solo bien! Añade la caridad y aprovechan todos. Quita la caridad y nada aprovechan los demás. Cuán grande es esta caridad que si llegase a faltar nada aprovechan todas las demás cosas!...».

Consecuencia: La caridad es el alma de todos los dones divinos. Estos sin la caridad son estériles. La caridad es la esencia de la vida cristiana.

¿Qué es la caridad? La caridad no es simpatía por los hombres o el hacer bien porque digan o por salir del paso. La caridad es una virtud sobrenatural, que hace el bien de una manera constante y deliberada aun a los enemigos, a aquéllos que no lo merecen y hasta con perjuicio propio.

¿Qué entiende, pues, aquí San Pablo por caridad?

El apóstol dice: *«Y si distribuyese todos mis bienes y entregase mi cuerpo para ser quemado, si no tengo caridad nada me aprovecha»*.

Atendiendo a que el acto en sí de distribuir todos los bienes es distinto de la caridad, diremos que la verdadera caridad es el amor al prójimo producido en nosotros por el principio sobrenatural de la gracia.

La caridad es amor a todos por Dios, y esta caridad no existe en nosotros más que por la gracia habitual. Los demás dones pueden estar en almas que no viven en gracia pues Dios puede darlos para el bien de los demás y valerse de almas en pecado, como se valió de la burra de Balán para que ésta hablase y la oyese el ciego profeta

(Núm. 24); pero todos los dones de nada valen a los hombres para su salvación sin la caridad y aunque por hipótesis sufrieran martirio...

No obstante, puede darse el caso, que una caridad desinteresada y generosa hasta el heroísmo puede ser el camino para que la gracia del divino amor entre en un alma, porque no hay que dudar que el amor verdadero al prójimo conduce al amor de Dios.

Santo Tomás, hablando de este pasaje, rectamente compara la locución que carece de caridad con el sonido de una cosa muerta, como el bronce o el címbalo; porque aunque dé un sonido claro, sin embargo no es vivo, sino muerto; así también la locución del hombre que carece de caridad, aun cuando sea elocuente, sin embargo se la considera como muerta, porque no aprovecha para la vida eterna».

De un modo parecido leemos en la «Imitación de Cristo»: «Si supiera toda la Biblia a la letra y todas las sentencias de los filósofos, ¿de qué te serviría todo esto sin la caridad y la gracia?».

En consecuencia: Aunque yo hablase todas las lenguas que se hablan en la tierra y en el cielo, y aunque distribuyese todos mis bienes para sustentar a los pobres, si no tengo caridad, amando a Dios por Dios y sobre todas las cosas, de nada me aprovecharía.

4.6 **La caridad es paciente, es benigna, no es envidiosa..., no se ensoberbece..., se alegra de la verdad.**

San Pablo nos resume las cualidades de la caridad haciendo un himno a esta virtud:

– *Es paciente y sufrida,* afable, resignada y silenciosa, no obra precipitadamente o temerariamente...

– *Es benigna,* repartiendo sus bienes entre los demás, absteniéndose de toda ostentación de vanagloria, no busca el propio provecho, sino el bien de todos;

– *No tiene cuenta del mal* que ha sufrido, no guarda rencor.

– *No se alegra de la injusticia,* no murmura, no piensa mal ni se alegra del mal del prójimo, ni vuelve mal por mal, no es vengativa, ora por sus enemigos; por todas partes, al igual que Jesucristo, pasa haciendo el bien.

– *Todo lo excusa.* Entre varias interpretaciones sobre la conducta de otros, escoge siempre la más favorable.

– *Todo lo cree,* sin quererlo controlar todo; pero para no ser equivocada toma las precauciones que le sugiera la prudencia cristiana.

– *Todo lo espera,* confía en que los hombres puedan llegar a ser mejores, *y soporta* el mal con paciencia.

8. **La caridad nunca se acaba; las profecías, en cambio, tendrán fin, las lenguas cesarán...**

La caridad, quiere decir aquí el apóstol, que es inadmisible y perdura en la vida bienaventurada, y lo dice por oposición a la fe y a la esperanza y demás carismas, todos los cuales *pasarán,* porque han sido dados a los hombres en razón de su condición mortal, pero la caridad es eterna, permanecerá siempre, pues es lo perfecto.

Esto lo ilustra con el ejemplo del niño, que llegando a adulto abandona lo que tenía de pueril en sus maneras... En el cielo no son necesarias las profecías porque todo está presente, ni el don de lenguas, porque todos hablaremos la misma, ni la ciencia porque veremos a Dios, causa primera de todas las ciencias y tendremos conocimiento de todo con perfección.

12. *Ahora,* en la vida presente, el conocimiento que tenemos de Dios es como un reflejo, *por medio de un espejo,* pues las criaturas todas son como un espejo en que se reflejan las perfecciones divinas; *entonces,* en la vida futura, en el cielo, veremos a Dios, cara a cara «veremos al mismo Dios uno y trino claramente como es» (Conc. Florentino), o sea, de una manera intuitiva, conocimiento perfecto, inmediato, aunque, de parte nuestra, no comprensivo.

13. **La mayor, la más excelente de todas es la caridad.** La fe, la esperanza y la caridad son absolutamente necesarias para la salvación. Ellas deben existir en esta vida, en todo tiempo y en cada uno de nosotros, no así los otros dones o carismas, no necesarios ni en todo tiempo ni en cada uno de nosotros.

La caridad es superior a la fe y a la esperanza, porque estas dos sólo tienen razón de ser en este mundo, mientras que la caridad continúa en el otro. La fe y la esperanza cesa, alcanzado su fin, o, lo que es lo mismo, por la visión beatífica, pues entonces no hay que *creer* ni *esperar,* sino *amar* lo que ya poseemos, o sea, a Dios eternamente.

La caridad, pues, por su excelencia intrínseca y por su duración eterna es la mayor de todas.

Amigo lector: Haz fecunda tu existencia haciendo alegremente el bien, sin olvidar que el auténtico cristianismo es vida de caridad.

L.D. et B.V.M.

NUEVAS REFLEXIONES DEL EDITOR

Considero importantísimo este libro de D. Benjamín, y por eso me permito añadir estas reflexiones, porque hoy se habla mucho de la caridad confundiéndola con lo que no es caridad, como es la filantropía y el altruismo, la compasión o lástima de los males corporales del prójimo, que es un *sentimiento natural* que pueden tener incluso los pecadores y nada tiene que ver con la virtud cristiana de la caridad.

«La caridad es divina» (1 Jn. 4, 18) y a nosotros nos llega juntamente con la gracia que nos deifica y transforma haciéndonos participar de la naturaleza misma de Dios.

«La caridad de Dios se ha derramado en nuestros corazones por virtud del Espíritu Santo que nos ha sido dado» (Rm. 5, 5).

Si no vivimos en gracia de Dios, no podemos tener caridad. Por eso decía el Apóstol: *«Aunque distribuyese todos mis bienes a los pobres y entregase mi cuerpo a las llamas, si no tuviera caridad, de nada me sirve»* (1 Cor. 13, 3).

La caridad es *amar a Dios y al prójimo por Dios.*

El que no ama a Dios, aunque ame al prójimo hasta dar la vida por él, no puede tener caridad.

Y ¿quién ama a Dios? ¿Cómo se ama a Dios?

– Para amar a Dios no hace falta *sentirlo* en el corazón; basta *decidirlo* con un acto de la voluntad.

Para amar a Dios solamente hace falta *querer* amarle tratando de obedecerle cumpliendo sus mandamientos. Cristo dijo: *«Si me amais guardaréis mis mandamientos... El que recibe mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama»* (Jn. 14, 15, 21). Por eso decía San Juan: *«El que guarda su palabra, en ése la caridad de Dios es verdaderamente perfecta»* (1 Jn. 2, 5).

Entendamos bien que la caridad no es *sentir* compasión de los males del prójimo, ni tratar de socorrerlo, si no se hace por amor de Dios.

Nosotros podemos sentir antipatía, asco y repugnancia hacia ciertas personas; pero si por amor de Dios nos dominamos y esforzamos en hacer el bien incluso con las personas que más nos desagradan, nuestra caridad podrá llegar hasta al heroísmo. Porque Dios no nos manda *sentir* el amor, sino únicamente *querer* amar que es un acto exclusivo de la voluntad.

Y ¿cómo hemos de amar al prójimo?

El mismo Cristo nos responde: *«como Yo os he amado»* (Jn. 13, 34).

Jesucristo nos amó hasta dar su vida por nosotros, y no de cualquier forma, sino de la manera más cruel y terrible que es posible imaginar.

Consideremos, pues, qué es lo que pretendía Cristo al subir a la cruz por nuestro amor, y si lo comprendemos habremos entendido qué es lo que quiere de nosotros.

Porque está claro que Cristo no subió a la cruz para librarnos de la pobreza ni de los trabajos y fatigas de este

mundo que tanto ensalzó en el sermón de la montaña y que tanto recomendó en los tres años de su predicación.

Es cierto que Jesucristo hizo muchos milagros curando a los enfermos e incluso dando de comer a los hambrientos, pero es igualmente cierto que El no vino a este mundo solamente para eso y que con tantas curaciones y milagros buscaba más el bien de las almas que el bien de los cuerpos; pues si hubiera pretendido simplemente socorrer sus necesidades, en vez de enseñarles el amor a la cruz les hubiera enseñado fórmulas prácticas para salir de la pobreza y curar las enfermedades, inventando la penicilina y otras cosas que les hubieran servido a tal fin.

Jesucristo no solamente hizo milagros para liberar a sus paisanos de la pobreza, sino que, incluso, a veces los hizo causándoles grandes daños materiales como cuando permitió a los demonios entrar en una piara de dos mil cerdos y precipitarse en el mar (Mc. 5, 13). Bien podía El impedírselo a los demonios pero se lo permitió para enseñarnos que la vida de un hombre está por encima de todos los bienes de este mundo.

Sin embargo, antes que la vida de un hombre está la fe y el bien espiritual de los demás, como nos lo manifestó dejando morir a Lázaro para fortalecer la fe de sus discípulos, y por eso les dijo: *«Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros de no haber estado allí, para que creáis»* (Jn. 11, 15).

Tampoco hizo nada Jesús para reivindicar alguno de los derechos humanos que entonces tanto se menospreciaban con la ley de esclavitud y otros abusos. Recordemos el caso de aquel que le dijo: *«Maestro: dile a mi hermano que reparta conmigo la herencia». Y Jesús le res-*

pondió: «Pero, hombre: ¿quién me ha constituido juez o repartidor entre vosotros?» (Lc. 12, 13). Y empezó a enseñarles a aborrecer las riquezas de este mundo y a poner la confianza en Dios, terminando con estas palabras: *«No andéis buscando qué comeréis o qué beberéis y no andéis ansiosos tras estas cosas como hacen las gentes del mundo, pues vuestro Padre sabe lo que necesitais. Vosotros buscad el reino de Dios y su justicia, y las demás cosas se os darán por añadidura»* (Lc. 12, 29-31).

En fin: Jesús murió en la cruz, no para enriquecernos con los bienes de este mundo ni para preservarnos de llevar una vida de trabajos y dolores, sino para salvar nuestras almas, porque como muy bien se nos enseña en teología, el valor de una sola alma es superior a todo el universo.

Por eso muy bien nos dice Don Benjamín en este libro: «El acto de caridad más grande que se puede hacer es trabajar por la conversión de los pecadores y porque perseveren en gracia los justos».

A veces cuando vemos por la televisión algún reportaje de las hambres y necesidades que se pasan en algunas partes del mundo, quisiéramos ser multimillonarios para poder mandar allí barcos enteros de comida y de todas las cosas que tienen tanta necesidad. Y sin embargo, no pensamos que la miseria de las almas de muchos de los que viven entre nosotros es mucho más atroz y son infinitamente más desgraciados estando en pecado mortal. Si pudiéramos ver o comprender de alguna manera la enorme desdicha que es estar en pecado mortal, seguro que todos los males del mundo nos parecerían nada comparados con esa desgracia.

Muy bien nos dice D. Benjamín: «Si estuviera en nuestra mano el poder evitar alguno de los muchos escándalos que hoy se cometen –y son la causa de tantos pecados– haríamos una obra de caridad mayor que si hubiéramos evitado una catástrofe atómica que hubiera causado la muerte corporal de todos los hombres.

El valor de un alma

Convenzámonos de que salvar un alma vale infinitamente más que salvar mil mundos de la destrucción y de la muerte. Tanto es lo que agrada a Dios que trabajemos por la salvación de las almas que San Agustín llega a decir que quien salva un alma salva también la suya. Y el apóstol Santiago nos dice qu si conseguimos salvar un pecador, la obra de caridad que hemos hecho cubrirá todos nuestros pecados: *«Hermanos: Si alguno de vosotros se desviare de la verdad, y otro le redujere a ella; debe saber que quien hace que se convierta el pecador de su extravío, salvará su alma de la muerte y cubrirá la muchedumbre de sus pecados»* (St. 5, 19).

Nosotros estamos viviendo en un mundo lleno de pecadores destinados a la eterna desventura del infierno. ¿Cómo podremos vivir tranquilos sabiendo que muchos de nuestros convecinos están destinados al eterno fuego del infierno?

Ellos, quizá, en medio de su atolondramiento apenas se dan cuenta; pero a nosotros que tenemos fe y lo sabemos, Dios nos pedirá cuenta de sus almas si no hacemos algo para avisarlos.

Oigamos lo que dijo Dios a Ezequiel:

«Hijo de hombre: Yo te he puesto por centinela de la casa de Israel, y de mi boca oirás mis palabras que anunciarás a ellos de mi parte.

Si Yo digo al impío: «Morirás sin remedio», y tú no le amonestas y no le hablares para retraer al malvado a fin de que se corrija de su impío proceder y viva, ese impío morirá en su pecado, pero Yo te pediré a ti cuenta de su sangre. Mas si habiéndole tú amonestado, no se arrepentiere de su impiedad ni se apartase de sus perversos caminos, él ciertamente morirá en su maldad, pero tú habrás salvado tu alma.

De la misma manera: si el justo abandonare la virtud e hiciere obras malas, Yo le pondré delante tropiezos, y si cayere por no haberle tú amonestado, él morirá en su pecado, sin que se recuerden ninguna de cuantas obras buenas hubiere hecho antes; mas Yo te pediré a ti cuenta de su sangre. Pero si tú amonestaras al justo a fin de que no peque o deje de pecar, si te hace caso, en verdad que tendrá verdadera vida porque le amonestaste, y tú habrás salvado tu alma» (Ez. 3, 17-21).

Estas palabras dichas por Dios a Ezequiel, van dirigidas a todos los cristianos que hemos recibido la luz de la fe; todos, según el Concilio Vaticano II, tenemos el deber y obligación de ser apóstoles en nuestro ambiente y según los medios con que dispongamos. A todos van dirigidas las palabras del Apóstol: *«No queráis ser cómplices de las obras de las tinieblas: antes bien, reprenderlas»* (Ef. 5, 11). Y ¿cómo podremos reprenderlas? A veces bastará con nuestro buen ejemplo. El buen ejemplo es como una continua reprensión del mal comportamiento de los ma-

los, como nos dice San Juan: *«El que no cree, ya está juzgado... Y el juicio consiste en que vino la luz al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo el que obra mal, aborrece la luz, y no viene a la luz, porque sus obras no sean reprendidas. Pero el que obra bien se acerca a la luz, para que sus obras sean conocidas, porque están hechas según Dios»* (Jn. 3, 18-21).

Los talentos

Recordemos la parábola de los talentos. No todos tenemos los mismos conocimientos ni los mismos medios. Cada cual ha de negociar al máximo los talentos que haya recibido. Habrá quien haciendo poco, Dios se contente con que haga poco; pero los que hayamos recibido más, estamos obligados a producir más. Pensemos lo que hizo Cristo por nosotros y tratemos de imitarle. Nosotros a Cristo no le debíamos nada y nada ganaba El con dejarse crucificar para salvarnos del infierno. Nosotros a El se lo debemos todo; le debemos sobre todo el que nos haya salvado del infierno a costa de tantos tormentos... ¿Qué deberíamos hacer para corresponder a tanto amor?

Hagamos apostolado: Ya hemos visto que el apostolado encaminado a salvar las almas del infierno es la obra de caridad más grande que se puede hacer. Hagamos apostolado prestando, regalando o vendiendo libros. Según San Antonio María Claret, los libros hacen un bien inmenso. Los libros son misioneros que nos hablan al co-

razón y nos predican en la soledad. Los libros, junto con la oración, son los que más luz llevan al alma y mayor seguridad le dan de perseverar. El alma que no lee ni ora es imposible que se salve. Muchos pecadores leyendo se convirtieron y llegaron a santos, pero muchos más consiguieron la perseverancia gracias a su constante oración y frecuencia en la lectura. Si hemos comprendido el gran tesoro que encierran los buenos libros, no queramos privar de él a las almas que aún no los conocen.

San Antonio M.ª Claret, decía: «El considerar el bien tan grande que trajo a mi alma la lectura de libros buenos y piadosos es la razón porque procuro dar con tanta profusión libros por el estilo, que espero darán a mis prójimos, a quienes tanto amo, los mismos felices resultados que dieron a mi alma» (Autob., n.42).

Esta es la forma del verdadero amor: procurar para los demás lo que sabemos que mayor bien nos ha hecho a nosotros. Y esto es también lo que el mismo Jesucristo nos inculca: «Dad gratis lo que gratis habéis recibido» (Mt. 10, 8).

Si nosotros gratuitamente, sin haberlo merecido, hemos recibido la gracia especial y singular de haber podido leer buenos libros, hagamos lo posible porque también nuestro prójimos reciban este don especial.

El Apostolado Mariano

El Apostolado Mariano es una editorial que se dedica a difundir y propagar al menor precio posible los libros principales y fundamentales en la formación cristiana de

toda clase de personas. Para difundirlos con mayor facilidad los ofrece en depósito principalmente a los párrocos y educadores. Cualquiera puede dedicarse a su propaganda sin exponer dinero: Se mandan a portes pagados y no se cobran hasta que los depositantes los han vendido. Los sobrantes pueden devolverse cargando los gastos a la editorial. Muchos párrocos hacen una vez al año una exposición o pequeña feria del libro religioso en sus parroquias con los buenos resultados que sólo Dios es capaz de conocer. Ojalá muchos les imiten por el bien de las almas. Anímese Vd. ya que ello no le supone ningún riesgo. Pida informes al

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 34
Sevilla-3

INDICE

- Por vía de prólogo.
- ¿Hay caridad en el mundo?
- ¿Dónde está la verdadera caridad?
- Dios es caridad. Dios nos ama.
- ¿Cuál es el verdadero concepto de la caridad?
- ¿Podemos merecer ante Dios por nuestros actos?
- Excelencia de la caridad.
- La perfección cristiana consiste en la caridad.
- Invitación a la perfección.
- Veamos a Jesucristo en los pobres.
- El amor a Dios y al prójimo.
- Cualidades de la caridad cristiana.

- ¿Debemos amar a los pecadores y criminales?
- Los efectos y oficios de la caridad.
- Práctica de la caridad.
- Las obras de misericordia.
    - Las corporales...
    - Las espirituales.
- El buen apostolado.

Apéndice:

El camino perfecto: la caridad.

OTROS LIBROS DEL AUTOR

(Editados por el «Apostolado Mariano»)

- **DICCIONARIO DE ESPIRITUALIDAD bíblico teológico.** Este es un libro que abarca muchos libros a la vez, pues es un arsenal de doctrina por los múltiples asuntos que van en él expuestos, en orden alfabético y de forma ordenada y clara.
  En su conjunto es un libro que comprende innumerables pensamientos bíblicos, patrísticos y filosóficos con diversidad de máximas y todos los temas de teología espiritual.
- **SANTA BIBLIA ilustrada y comentada.** Versión directa de los textos originales hebreo y griego y con amplios comentarios, especialmente en el Génesis y Santos Evangelios. Es una de las Biblias más asequible a todos; a los mayores, por sus comentarios, y a los niños por su método intuitivo.
  Lleva más de 200 láminas de G. Doré, proporcionadas por D. Andrés Codesal Martín, director del Apostolado Mariano de Sevilla. El texto va en letra grande y clara.

- **LA BIBLIA MAS BELLA.** Por sus muchos grabados a todo color, resulta la mejor para los niños.
  EL CATECISMO MAS BELLO. Primera Comunión y Confirmación.
- **EL CATECISMO ILUSTRADO.** Formato 18 × 26 con 160 páginas y más de 70 preciosas ilustraciones a toda página en colores. Es considerado como el mejor de los Catecismos por su doctrina y por las bonitas ilustraciones que llaman la atención a niños y mayores.
- **PEDRO, PRIMER PAPA. De Pedro a Juan Pablo II.** Incluye la lista de todos los Papas.
- **JESUS DE NAZARET.** Es su vida muy atractiva e ilustrada. Destinada especialmente a los obreros.
- **NO PIERDAS A LA JUVENTUD.** Carta a ellas y a ellos. Muy interesante para los jóvenes.
- **VAMOS DE CAMINO.** La vida presente, el tiempo, la eternidad.
- **EL PUEBLO PIDE SACERDOTES SANTOS, NO VULGARES.** La Santidad sacerdotal y su dignidad.
- **LA MATANZA DE LOS INOCENTES.** El aborto y el problema del divorcio.
- **FLORILEGIO DE MARTIRES.** España 1936-1939.
- **HEBREO BIBLICO Y MODERNO.** Es una gramática con ejercicios prácticos para principantes.
- **CATECISMO CONCILIAR.** Diez documentos del Vaticano II expuestos en ocho folletos con gran claridad.

- **EL MATRIMONIO.** (Preparación para el mismo), y al final va el discurso de Juan Pablo II a las familias cristianas.
- **¿SERE SACERDOTE?** (Niños y jóvenes haceos esta pregunta).
- **MISIONES POPULARES.** (Las verdades eternas).
- **LOS TESTIGOS DE JEHOVA.** (Su doctrina y sus errores. Otras sectas)...

Pedidos: Apostolado Mariano
Recaredo, 34
SEVILLA-3